

Una visita postergada al Museo de La Plata

En un día destemplado de julio de 1995 Germán, en compañía de su nieto, visitaba el Museo. Su conocimiento de la existencia de este museo es una historia sorprendente que involucra la Segunda Guerra Mundial.

Germán (al que no conocimos su apellido) había nacido en el año mil novecientos treinta y uno, en el porteño barrio de Belgrano. Distrito en el que tradicionalmente se radicaron familias de origen alemán.

Su educación primaria la cursó en un establecimiento de esa comunidad, el “Cangallo Schule”, donde su madre era profesora de matemáticas. Por otra parte, su padre se dedicaba al comercio, siendo representante de una importante firma importadora de herramientas de origen germano. A finales de mil novecientos treinta y ocho, por razones comerciales y políticas, sus padres decidieron regresar a Alemania. El viaje lo realizaron en una importante línea de navegación, que unía Buenos Aires con Hamburgo.

Finalmente se radicaron en Berlín, en un barrio de clase media, no muy alejado del centro de la ciudad. Al poco tiempo de llegar, sus padres comenzaron a sospechar que la decisión de regresar a Alemania, no había sido acertada. Estando allí, advirtieron con crudeza la tensión que se vivía y planearon retornar, lo antes posible a Buenos Aires. Finalmente no pudieron y fueron sorprendidos por el estallido de la guerra quedando atrapados en la maraña del conflicto bélico.

En los primeros tiempos de la guerra, las ciudades alemanas estuvieron alejadas del conflicto, ya que los bombardeos eran estratégicos y sólo afectaban a campamentos militares, fábricas y líneas ferroviarias importantes. Pero, a

partir del mes de noviembre de mil novecientos cuarenta y tres, los aliados comenzaron a realizar intensos bombardeos, demoliendo sistemáticamente la mayoría de las ciudades alemanas. Esto incluía a la súper defendida Berlín, produciendo la destrucción de barrios enteros, debiendo la población protegerse en los refugios antiaéreos.

Germán casi sin darse cuenta, al entrar en uno de los refugios se acurrucó al lado de una señora mayor a esperar los acontecimientos. Mientras tanto, la sirena de alarma, el rugir de los aviones y el silbido terrorífico de las bombas cayendo sonaban dramáticamente, seguidos de terribles explosiones que hacían temblar la tierra.

Cuando por fin se anunció que el peligro había pasado, la señora y Germán se dieron cuenta por su pronunciación, de que los dos eran extranjeros. En la conversación supieron que ambos eran de Buenos Aires, pero ella además le conto que vivió muchos años en la ciudad de La Plata.

Cuando salieron del refugio, el panorama era el esperable, destrucción por todos lados, la gente corriendo, gritos, heridos y muertos. Una espesa nube de polvo se levantaba de los escombros, cubriendo las ruinas e irritando los ojos, el olor áspero de los explosivos era insoportable.

Germán fue a colaborar con los voluntarios en las tareas de rescate, pero un par de horas después, una nueva alarma hizo que todos regresaran a los refugios. Cuando llegó al rincón, la señora lo estaba esperando.

Para aliviar la tensión producida por el estruendo de los bombardeos, la señora comenzó a contarle, ya en español, que su marido había trabajado como investigador en el

museo de la ciudad de La Plata. Que en ese lugar había esqueletos de dinosaurios y de grandes animales extinguidos, momias egipcias y muchísimas cosas antiguas. “A mi esposo, que era alemán, lo había contratado el director del museo y al jubilarse quiso regresar a su patria, donde murió hace unos años” le dijo la señora.

En cada ataque, esa mujer le describía puntillosamente el contenido de cada sala, cada vitrina, cada rincón; cómo era y dónde se encontraba cada uno de los ejemplares en exhibición.

Un día, Germán pudo salir de ese infierno y luego de deambular con su familia por Europa, llegó a Buenos Aires, donde, de inmediato se propuso visitar ese museo.

Y ya ve —comentó con cierta resignación— pasaron más de cincuenta años.

Luego de darle a su nieto una larga, minuciosa y experta visita guiada, recordando el relato escuchado bajo circunstancias tan terribles, Germán se retiró satisfecho de haber podido, por fin, visitar el Museo de La Plata. Motivo que siempre estuvo presente en su vida y que debió postergar por cincuenta años.

Nosotros, impactados por el relato, quisimos saber quién habría sido la señora que le contó a Germán, en aquellos momentos, acerca del museo.

Supimos que esa mujer que en el refugio reconfortó a un niño asustado, sería la esposa del Dr. Roberto Lehmann-Nische, señora Juliane Dillenius, que en un principio no pudimos acreditar fehacientemente. Pero un año atrás, llegó al museo el señor Diego Ballester, nacido en la ciudad de La Plata y que tenía amistad con algunos de los empleados. Él nos contó que

trabaja en un organismo que estudiaba la obra de científicos de esa nacionalidad en América, entre ellos la del doctor Roberto Lehmann Nitsche. Este fue el motivo por el cual Ballestero se acercó hasta el museo.

Una interesante conversación con él nos permitió encontrar el

eslabón que nos faltaba: la confirmación que para la fecha en que se produjeron los bombardeos sobre Alemania, la señora Juliane Dillenius, viuda de Lehmann Nitsche se encontraba en Berlín, y que su casa y la biblioteca de su esposo fueron destruidas.

Roberto Lehmann Nitsche 1872 – 1938

Después de estudiar ciencias naturales (doctorado en ciencias naturales, 1894), antropología (doctorado en filosofía, 1894) y medicina (doctorado en medicina, 1897) en Friburgo, Munich y Berlín, vino a Argentina a la edad de 25 años convocado por Francisco P. Moreno.

Se integró a la planta científica del Museo de La Plata como jefe de la Sección Antropología. Desarrolló una vasta obra por más de 30 años. Al jubilarse volvió a su país llevándose buena parte de sus documentos, fotografías y notas de campo que se encuentran depositados en el Instituto-Iberoamericano de Berlín donde pueden consultarse.

En el N° 22 de la Revista Museo, dice el Dr. Mario Teruggi:

“Entre toda esta cohorte de científicos, considero que el que más se aproximó al ideal de sabio fue el Dr. Roberto Lehmann-Nitsche, no solo por su formación científica y sus impecables técnicas de investigación, sino por la viva curiosidad y el sostenido interés con que se ocupó de múltiples aspectos de la realidad circundante. Su obra total, de más de cuatrocientos títulos, revela la amplitud de su versación, pues abarca varios aspectos de las ciencias del hombre (arqueología, antropología física, ju-

ridica y forense, etnología, lenguas aborígenes) y de las humanidades, descollando en estudios literarios, folclóricos y etológicos, dominios en los que puede ser considerado tanto el precursor como el fundador”.

Héctor Oscar Díaz
Técnico de la División
Antropología, Museo de la Plata
Profesional Principal CONICET